

CURIOSIDADES DE ROMA.



Iglesia de Santa Maria in Cosmedin.

IGLESIA DE SANTA MARIA IN COSMEDIN—Ó DE SANTA MARIA
DE LA BOCA DE LA VERDAD.

Después que Roma hubo arrojado á los reyes de su recinto por el crimen de Tarquino el Soberbio, se gobernó por dos cónsules; pero á poco tiempo le pareció demasiado absoluto el poder de aquellos dos magistrados populares; eran continuas las disputas que se promovían en la ciudad, y el senado, temeroso de la ruina universal de la república,

SEGUNDA SERIE.—1859.

dió un decreto por el que se decidió enviar tres embajadores á Grecia, para que trascribiesen la famosa legislación de Solón, y examinasen las costumbres y usos de aquella nación. Al volver aquellos embajadores, trajeron la célebre legislación de las *Doce tablas*, y el pueblo, reunido por centurias, creó diez magistrados llamados *Decemvros*, sacados todos del orden senatorio, y habiendo hecho abdicar á todos los demás, aun á los tribunos, cuya autoridad subsistía hasta en tiempo de las dictaduras, los revistió de un poder absoluto. Les dió todo el poder de los antiguos reyes y de los

AÑO XVII. 4.

cónsules, sin que de sus decretos hubiese apelacion. Al año siguiente, contento el pueblo con el gobierno decemviral, resolvió nueva creacion de decemviros, de los que siete fueron elegidos del orden patricio, y tres del orden plebeyo, cosa que agradó mucho al pueblo por no haber tenido parte en el primer decemvirato. Si este poder se hubiera circunscrito á las reglas de su creacion, hubiera sido sin disputa una de las épocas mas felices de la república romana. Los nuevos decemviros ejercieron tiránicamente su poder, intentaron prolongar la duracion marcada de su autoridad, y cometieron violencias; mas al fin fueron obligados á dejarla por dos crímenes atroces que precipitaron su ruina: el infame y cobarde asesinato de uno de los mas intrépidos oficiales, Lucio Licinio, de clase plebeya, tan libre en sus discursos como valiente en las batallas, hecho á traicion por orden de los magistrados, y el vergonzoso atentado que Appio Claudio preparó contra Virginia.

Appio, enamorado ciegamente de la jóven Virginia, hija de Virginio y prometida esposa de Lucio Licinio, antiguo tribuno de la plebe, no pudiendo hacerse amar, ideó que uno de sus clientes reivindicase á Virginia como esclava, facilitándole el éxito de tan abominable trama en cualidad de juez del pueblo, que como decemviro le correspondia. El buen Licinio defendió á Virginia con el ardor de un amante. Informado apenas Virginio de tan atroz atentado, vuelve á la ciudad, y halla al terrible decemviro dispuesto á apoderarse por una sentencia de la persona de su hija. Para salvar su honor, arrebató la espada que llevaba el infame juez, y la sepulta en el cuerpo de su hermosa hija.

Enfurecido Appio ordena su prision. El padre infeliz, con la espada teñida con la sangre humeante de su hija, marcha á donde están sus compañeros de armas, y apenas saben su desgracia, las legiones enteras abandonando sus gefes se reunen á la plebe, y destruyendo el tribunal del decemviro, estinguieron su nombre y el poder de estos magistrados.

Horacio y Valerio fueron nombrados cónsules; se restableció el tribunado y el derecho de apelar al pueblo mirado como el fundamento sagrado de la libertad, proscribiendo para siempre toda magistratura de que no se pudiese apelar. Todos los decemviros murieron en la prision ó desterrados.

Fué esto una verdadera revolucion, no se alzó ni una voz para vituperar al heroico matador de su hija. Virginio fué honrado con una religiosa conmiseracion. La víctima que habia inmolado á la libertad de su patria recibió los honores de la apoteosis, fué colocada en la categoría de los inmortales, y se la construyó un templo, en el que hasta los últimos dias del paganismo, las vírgenes romanas iban á pronunciar ante su altar los votos de pureza y de fidelidad. La religion cristiana que se alzó sobre las ruinas del paganismo, para conservar los grandiosos monumentos que habia consagrado la antigua teogonía, respetó los restos del templo alzado á Virginia, consagrándole á la Virgen madre del Redentor del mundo.

Este templo, cuya vista presentamos hoy á nuestros lectores y que varias veces hemos visitado durante nuestra estancia en Roma, es el templo de Santa María In cosmedin, de la palabra griega *cosmos* que significa adorno. Esta iglesia es llamada tambien Santa María *Della Bocca della Verità* de una cabeza de Júpiter que se halla en su pórtico y so-

bre la que juraban los egipcios. Se ve pues que en Roma se confunde sin cesar lo sagrado con lo profano, y hasta la misma Iglesia ha dado el ejemplo por las estrañas denominaciones de algunos lugares santos. *La Boca de la Verdad*, que como hemos dicho atribuyen algunos á los egipcios, es una ancha máscara de mármol blanco que se pretende haber servido por mucho tiempo de prueba para justificarse los que eran acusados de haber mentido. Obligábaseles á meter su mano en la boca que tiene abierta esta máscara y jurar que habian dicho la verdad. Si faltaban al juramento, refiere la tradicion que se cerraba la boca y les sujetaba la mano como una tenaza de hierro. Trasportada esta piedra al pórtico de la iglesia ha continuado la boca sirviendo de prueba voluntaria. Otros creen que era una piedra circular que servia para tapar un pozo.

A propósito de *la Boca de la Verdad*, el cicerone que nos la enseñaba, nos contó una curiosa anécdota del tiempo de la edad media.

Cuando ardía Roma en continuas facciones, cuando los principales ciudadanos de ella marchaban á combatir á los diversos estados de Italia devorados de incesantes luchas y contando tantos tiranos como ciudades, un noble caballero romano de la familia de los Colonnas, tuvo que salir á una expedicion contra Sienna. Tenia una muger hermosa á quien atormentaba con sus continuos celos. Llevó al campo el tormento roedor de dejar á su muger espuesta á las seducciones de algun atrevido amante. La jóven, en efecto, no fué insensible á los galanteos de un apuesto y gentil manco que logró interesar su corazon.

Aprovechando la ausencia del marido logró el amante penetrar en su casa, y mientras el caballero romano se bañaba en los campos de Sienna, su infiel esposa se entregaba á todas las dulzuras y encantos del amor. Terminada la expedicion que le alejaba de su casa, volvió el caballero, y como nunca faltan personas que se complacen en dar malas noticias y alterar la paz doméstica, le hicieron concebir grandes sospechas sobre la conducta que habia observado su muger durante su ausencia. Disimuló el celoso marido y con fingidos halagos y ostentando tener siempre la mayor confianza en su esposa, la propuso que al dia siguiente al de su llegada, para acabar de tranquilizar completamente su espíritu iria á meter la mano en la famosa Boca de la Verdad. La jóven, que daba crédito á las tradiciones populares tan arraigadas en el ánimo de un pueblo supersticioso como lo fué siempre el romano, disimuló; empero sintió en su corazon el mas vivo dolor y la mas punzante angustia. Encontró un medio de dar aviso en aquella misma noche á su amante del estremado apuro en que se hallaba. El marido, para desmentir las sospechas que cualquiera hubiera podido tener, convidó á todos los individuos de su casa y noble familia á que le aconpañasen y fuesen testigos de la solemne prueba que por su amor iba á darle su esposa. Acudieron estos en caballos ricamente enjaezados para acompañar á la jóven que sobre un airoso corcel iba á dirigirse desde el palacio de Colonna á la iglesia de la Boca de la Verdad. Pálida, con la muerte en el corazon se dirigia hácia el punto donde la desgraciada temia que iba á verse descubierta su infidelidad. Momentos antes, por un mensajero, habia recibido aviso de su amante para que en cierto punto del tránsito se dejase caer del caballo. Ignoraba á que podria conducir aquello, empero en la triste situacion en que se hallaba cual-

quier cosa sería mejor que someterse á la terrible prueba de meter la mano en la Boca de la Verdad.

Cuando marchaba la noble comitiva atrayendo las miradas de toda la ciudad de Roma, al llegar cerca de la columna de Sextio, cual si el caballo la hubiese lanzado se dejó caer al suelo la hermosa matrona. Grande fué la confusion que ocasionó aquel accidente en la comitiva. Un mendigo que se hallaba mirando el paso de la comitiva rompe veloz por medio de ella y levanta rápidamente del suelo á la jóven. Ligeró fué el accidente que no causó el menor daño á la matrona. Volvió á montar á caballo y continuó la cabalgata hasta llegar al pórtico de la iglesia. Allí con voz tranquila y frente serena metió la esposa infiel la mano en la Boca de la Verdad, y dijo:

—Juro que en todo el tiempo que ha estado ausente mi esposo, ningún hombre ha tocado ni mi cuerpo, ni aun la orla de mis vestidos, sino el mendigo que por el accidente sufrido ha venido á levantarme del suelo.

Hecho lo cual sacó libremente la mano de la *Boca de la Verdad* con radiante alegría y con no poca satisfacción y contento de su esposo que veía disipados todos sus celosos temores.

Ingeniosa nos pareció esta anécdota en que la noble matrona había jurado y había jurado con verdad.

Esto es lo que refiere la tradicion. Hay algunos autores que niegan se haya levantado un templo á Virginia; pero lo cierto es, que hubo un templo levantado á la *Pudicicia* y sobre estas ruinas se ha construido la iglesia en conmemoracion de la Virgen. La iglesia de la Boca de la Verdad, medio pagana y medio cristiana, es de una arquitectura encantadora, admirable. Tiene un campanario de seis pisos. Quedan del antiguo templo una gran puerta y ocho hermosas columnas, de las que cinco se conservan en la parte interior de la iglesia, dos al lado septentrional y una en la sacristía. El interior se compone de tres naves separadas por doce columnas de mármol. El pavimento es de piedras duras; los púlpitos ó tribunas donde se tenía costumbre de leer el Evangelio y la Epístola, son bellísimos. En el coro hay una silla pontifical de mármol. El altar mayor, aislado, está hecho de un vasto cubo de granito rojo de Egipto y cubierto con un baldaquino ó dosel sostenido por cuatro columnas del mismo granito.

La primera iglesia que fué levantada en honor de la Madre del Redentor del mundo, fué Santa María in transtevere, y la segunda, la que estamos describiendo y que también recibió el nombre de *Santa Maria in escuela greca*, porque se hallaba consagrada á su culto una cofradía griega. Una magnífica imagen de la Virgen, traída de la Grecia, atestigua este origen. No solamente es célebre esta iglesia por su antiquísima construccion, por el nombre de *cosmedin* que ha justificado el empeño y la porfía que han mostrado varios papas en sobrecargarla de adornos y riquezas, á fin de que no desmereciese de su sobrenombre griego *cosmedin*, que significa adorno; sino porque en aquel edificio fué en el que el gran doctor de la Iglesia San Agustín enseñó durante su permanencia en Roma la gramática griega y la retórica.

Esta iglesia es en Roma mas conocida bajo el nombre de la iglesia de la Boca de la Verdad que con el suyo propio de Santa María in cosmedin. Todavía van á su pórtico las Jóvenes y los niños de Roma y se acercan á la gigantesca

cara con el mismo miedo que en tiempo de los antiguos oráculos. En frente de esta iglesia magnífica hay una bellísima fuente que adorna su desierta plaza, en la que dos hermosos tritones sostienen una gran taza que recoge las aguas que eleva en grande altura un surtidor. La construccion de esta fuente es debida al célebre arquitecto Cárlos Birzachelli.

El tiempo habia levantado considerablemente el suelo de aquella plaza, en términos que era necesario bajar por varios escalones para poder entrar en la iglesia. Durante la dominacion de los franceses en Roma, dominacion que dejó á su paso las huellas bienhechoras de la civilizacion, se niveló el suelo de esta plaza quitando esta deformidad que tanto perjudicaba á la hermosura del templo de María.

No es solo el templo de la Pudicicia sobre cuyas ruinas se alza hoy el templo de Santa María in cosmedin, el que los antiguos romanos levantaron para celebrar los hechos heroicos de sus matronas. No lejos de allí se ven todavía la. ruinas del templo de la Fortuna de las mugeres, templo levantado á la memoria de Coriolano y su madre Veturias Coriolano, noble patricio, fué una de las primeras víctimas de los tribunos de la plebe. Negóse á comparecer un día ante ellos, y no obstante sus servicios, fué condenado á perpétuo destierro por haber desconocido la autoridad de los magistrados del pueblo. La historia de este soberbio patricio forma una de las mas grandes páginas de los anales romanos. Refugiado entre los volscos, vino con un ejército enemigo, saqueando y derramando la muerte hasta las puertas de Roma. En vano la ciudad consternada le enviaba varios embajadores demandándole la paz; en vano el senado y los sacerdotes vinieron á suplicarle; nada pudo doblegar su altivez. En medio de tanta angustia, su madre Veturia y su muger Volumnia, acompañadas de las matronas romanas, se presentaron ante él. Enternecido por las lágrimas de aquellas dos mugeres, objetos mas queridos de su corazon, consintió Coriolano en levantar el sitio y Roma se salvó; empero Coriolano muere asesinado por los volscos que creían entrar ya en la ciudad eterna.

Cada templo de los que hoy ostenta con tanta brillantéz la religion cristiana en Roma, sobre la ruina de los antiguos monumentos del paganismo, encierra una historia tan interesante como la que acabamos de referir de las ruinas de los templos de *Virginia*, y de la *Fortuna de las mugeres*.

EL CONDE DE FABRAQUER.

HISTORIA DE UN SUCESO DEL SIGLO PASADO.

(Continuacion).

II.

UNA FUNCION DE IGLESIA.

Con ser la calle de Alcalá tan ancha, se cruzaba difícilmente á los nueve dias cabales de la escena ya referida y á la hora en que mas se dejan sentir los rayos del sol de junio, y hacía la parte donde existían frente por frente el monas-

terio de las monjas llamadas vulgarmente Baronesas, y el convento de Carmelitas descalzos, parroquia de San José ahora. Muchos coches habia allí parados, y por las libreas se conocia que eran propios de grandes de España, títulos de Castilla, generales, consejeros y otros personajes. ¡Imposible tarea la de enumerar el gentío agolpado en direccion de las varias puertas del convento citado! Abates y majas, chisperos y petimetras, pages y vendedoras de las plazas, frailes de diversas comunidades religiosas, hombres, mujeres, niños de todas condiciones se veian allí animados de idénticos sentimientos: muchos se hallaban tan distantes del punto adonde querian abrirse paso, que ni oian los ecos de los cantos sagrados, ni la música del templo, ni aun divisaban el resplandor de las numerosas luces que ardian en los altares. Así estuvieron mas de dos horas hasta que sonaron á vuelo todas las campanas, y empezó á salir trabajosamente la multitud de fieles de ambos sexos y de todas gerarquías y edades que habia logrado la fortuna de penetrar en aquel santo recinto. Poco á poco fueron tomando sus coches los que tenian este medio de autorizar su persona, y desfilando por las diversas calles contiguas los que no lograban tal fortuna.

—¡Famoso ha estado el reverendo padre fray Francisco Sanchez, famoso! venia diciendo un señor de grave aspecto y con casaca de color de plomo, poniéndose el sombrero de tres picos con una mano y sujetando el espadín con la otra, al salir de los últimos del templo.

—¡Vaya si ha estado! le respondió un viejo que salia de toga. Me está ocurriendo que, si le hubiera oído el padre Isla no le calificara de Gerundio, á pesar de ser carmelita, y no de este convento, si no del otro de calzados; porque sabido es que á esta orden religiosa tuvo presente para describir al héroe de Campazas.

—Y pudo hablar entonces con fundamento, repuso el señor de la casaca plomiza; mas ya van corridos muchos años desde la publicacion de su libro oportuno, y la oratoria del púlpito ha ganado considerablemente.

—No han podido ser mas del caso los textos de su sermón excelente, dijo el togado.—*En todo dad gracias, porque esta es la voluntad de Dios en Jesucristo para con todos nosotros. Porque la limosna libra de la muerte, y ella es la que purga los pecados, y hace hallar misericordia y vida eterna.*

—¡Bien los ha retenido el señor alcalde! exclamó su interlocutor al oírle.

—De poco os maravillais, caballero, interrumpió un mozaivete con manteo de estudiante, poco hace que arrastro bayetas y curso las aulas, y me atreveria á repetir desde la cruz á la fecha todo el sermón del buen padre, á quien uenta entre sus calificadores el Santo Oficio y entre sus doctores teólogos la universidad de Zaragoza.

—Eso es bueno para dicho, replicó el anciano.

—Y mejor para hecho, que al buen pagador no le duelen prendas, y allá van dos solos pasajes, y calculen si se me haria cuesta arriba relatarlos todos.

—Oye, chico, oye, puesto que nos hemos tenido que estar á la puerta, dijo un page á otro compañero.—Palabras semejantes se cruzaron entre dos majos, y cundiendo la voz de unas personas en otras, y llamando además la atencion el tono que tomó el estudiante, poseído de lo que se propuso repetir á fin de justificar lo que tuvieron sus dos pri-

meros interlocutores por jactancia, se formó en su rededor un gran corro; y sin que nadie perturbara el silencio, se escucharon estas palabras patéticamente pronunciadas por el mozaivete, ni mas ni menos que en boca del predicador habian sonado.

—Bien público y notorio es el trágico suceso de 18 de los corrientes, que de orden de nuestro augusto monarca, cuya preciosa vida nos conserve el Señor, y prospere muchos años, se nos participó en los papeles públicos. No intento yo, como el orador romano en el asesinato de César, conmovier vuestros ánimos y excitarlos á la ira y la venganza de tan horrible atentado: nuestro ministerio es de paz y reconciliacion, y aunque nos manda inspiraros el amor á la justicia, nos intima igualmente el perdón y la compasion de nuestros mas injustos enemigos; pero si el real ánimo de S. M. con el de toda su real familia y corte se conmovió al oírle, ¿qué admiracion podrá causar que se haya conternado la nacion toda á ejemplo de tan gran rey? ¿Qué no deberá hacer todo buen español que esté bien instruido y ame sinceramente los intereses de la España? Deberá rendir gracias al Todopoderoso, porque nos ha preservado la preciosa vida de un ministro, cuya sabiduría hará época en nuestras historias. ¿Quién ignora el desvelo con que este celoso ministro promueve los intereses de la Religión y del Estado? La rectitud de sus intenciones, los sábios establecimientos ordenados á la pública felicidad, su corazón generoso, benéfico y nacido como el antiguo José para el bien de los pueblos, y especialmente de los pobres y los miserables? Ved, pues, por qué todos se apresuran á competencia á rendir gracias al Todopoderoso, que con una proteccion extraordinaria nos le ha conservado: ved por qué esta real Administracion de arbitrios piadosos, instituida por Carlos III á influjo del excelentísimo señor conde de Florida-Blanca, primer ministro de Estado, objeto de nuestra actual y comun alegría, convida hoy á todos á bendecir y alabar la bondad de nuestro Dios. No es esto, por mas que quisiere interpretarlo así la necia malignidad enemiga de las ventajas de España, no es, vuelvo á decir, efecto de la lisonja; me valgo de la misma frase del Crisóstomo, no es una vana ostentacion, ni un deseo de glorias ó recompensas terrenas; es sí convidar á todos á reconocer la bondad del Señor, que así premia las obras de caridad y los desvelos á favor de sus imágenes que son los pobres: es excitar á todos con este ejemplo á esmerarse en su socorro, trabajar en su alivio, y merecer por este medio los premios temporales y los eternos...

—Pues lo repite al pie de la letra, dijo el que habia puesto en duda la aseveracion del manteista.

—Sin perder ni punto ni coma, añadió el de la casaca de color de plomo.

—¡Que siga, que siga! prorumpieron muchas voces.

Y efectivamente continuó el estudiante de este modo:

—Yo no pienso errar en mis conjeturas, cuando atribuyo la preservacion de la vida de un tan digno ministro en un lance tan peligroso á su pródiga caridad para con los pobres; yo debo repetirlo para vuestra mas particular noticia y edificacion. En el año de 1785 el señor conde de Florida-Blanca, penetrado de compasion y ternura hacia los pobres, enterado de la escasez y falta de fondos y rentas en que se hallaba este santo Hospital general y de Pasion, el Hospicio de San Fernando y la Junta general de caridad

de esta villa, para atender á todos los piadosos y necesarios objetos de su instituto; compadecido su ánimo generoso de los clamores y gemidos de los pobres, como dice el Psalmista, le inspiró un sabio consejo, es á saber, el establecimiento de una imposición moderada sobre los géneros de lujo que se introdujesen en esta corte, sin gravar las cosas mas necesarias á la vida ó de consumo de los pobres, ni las producciones mas útiles á la industria nacional; este ilustrado ministro lo hizo presente al gran Carlos III, que adoptó tan útil proyecto, y este establecimiento está socorriendo actualmente tan graves necesidades. Yo paso en silencio otros muchos medios y arbitrios, con que por todo el reino ha procurado el socorro de los pobres; nada digo de sus limosnas privadas. ¡Quiera el cielo que algun día las celebre y refiera la iglesia de los santos! Pero repito con justa confianza que no creo arriesgar mis conjeturas, si atribuyo su extraordinaria preservacion en un riesgo, por todas sus circunstancias gravísimo, al poder de la limosna y caridad con los miserables. Bien pudiera yo decir que era un efecto de otras virtudes políticas y cristianas que tan recomendable le hacen, no solo en España, sino entre las naciones cultas de Europa; de aquel teson con que ha procurado y procura establecer una paz general sin perder el decoro de nuestras armas; la paz, digo, origen de tantos bienes para la Religion y el Estado; de aquel celo notorio por la recta administracion de justicia; de aquella grandeza de ánimo con que ha sabido perdonar las injurias de.... pero basta, la singular modestia de S. E. no me permitiera estos elogios, y el Espíritu Santo nos aconseja que no alabemos al hombre que, todavía viviendo, puede separarse, por decirlo con el Santo Job, de su primera justificación; pero juzgo ser mas natural el atribuir este próspero acaecimiento á la virtud de la compasion con los pobres.

—¡Bien por el estudiante! gritó una muger del pueblo, y añadió bajando la voz de suerte que la oyeron muy pocos; si no fuera por dar que decir le daba un abrazo.

—¡Admirable memoria! exclamó el anciano de toga.

—Y con efecto, dijo el de la casaca plumiza, don José Moñino, conde de Floridablanca, es muy caritativo.

—No lo saben vds. tan bien como los que le debemos la subsistencia, interrumpió una jóven que daba una mano á su madre ciega, y tenia con la otra á un niño como de dos años. Yo le he visto entrar en mi pobre guardilla á deshora, y ocultándose como si fuera á hacer algo malo, cuando nos iba á llevar el consueño, á mi pobre madre, casi en la agonía, á mí que acababa de perder á mi marido, infeliz ornalero, y á este hijo de mis entrañas, que me partía el alma, pidiéndome un pedazo de pan que yo no tenía. Bañada en lágrimas imploraba el auxilio del Señor que mantiene hasta á los pájaros de los campos, cuando de repente oí llamar á la puerta, y aunque ya habia anochecido, y soy naturalmente miedosa, abrí al instante. ¿A qué madre le ocurre pensar en el miedo cuando no tiene que dar de comer á su hijo?—Buena muger, me dijo, noticioso de las angustias de esta honrada familia, vengo á cumplir con la obligación de buen cristiano, y á gozar el inefable placer de remediar sus necesidades; y nos socorrió muy generoso; y desde aquel día pude asistir esmeradamente á mi madre hasta conseguir verla buena, y hartar el hambre de mi hijo. Aquel señor excelente no se quitó el embozo, y se fué muy creído de que yo ni sospechaba por asomo que me

acababa de visitar y socorrer todo un ministro; muy ageno estaba su excelencia de que le conocí en las fiestas reales, porque me le enseñó mi marido, que esté en gloria, y de que no se me habia despintado. Luego que mi madre se levantó de la cama, creí natural manifestarle mi agradecimiento, y dicho y hecho, un domingo le esperé á la puerta del convento de San Gil el Real, donde oye misa, y mientras bajaba del coche me arrojé á sus pies con deseos de besar su mano bienhechora; por señas que se puso colorado como una grana, y me empujó suavemente, diciéndome:—Señora, ¡por el amor de Dios no me avergüence usted con esos extremos, y ya que me conoce contra mi voluntad, no ande divulgando los escasos auxilios con que he atendido á sus necesidades en descuento de mis pecados.—No crea V. E. que le he de obedecer en eso, le respondí en voz alta, lo sabrá todo el barrio, y buscaré ocasiones de que lo sepa mucha gente.

Con interés oyeron todos á la jóven viuda, y muchos se tuvieron que enjugar los ojos.

—Yo tambien debo mi toga al señor conde de Floridablanca, replicó el alcalde.

—Y yo, espuso el de la casaca de color de plomo, soy acreedor á su influencia de haber restablecido mi hacienda arruinada por causas independientes de mi laboriosidad á toda prueba y de mi economía bien entendida.

—A mí, añadió el estudiante, me costea la carrera, y cabalmente por haber tenido casual noticia de mi feliz memoria.

—Pues yo, dijo un page vivaracho, por recomendacion suya estoy al servicio del respetable corregidor de esta villa, quien no me dejó salir de su casa desde que le llevé hace tres meses unas breves líneas firmadas por el señor conde; aunque el bueno del señor Armona me dijo entre jovial y enojado, que no debia dar gusto al señor ministro, en razon de que hace ya mucho tiempo que le trae engañado con que le alcanzará de S. M. el relevo de su difícil cargo, sin que nunca llegue la hora.

—A todo esto, preguntó el de la casaca plumiza. ¿Quién de vds. tiene mas puntuales noticias del estado del señor conde de Floridablanca?

—Mas frescas que yo nadie las tiene de seguro, saltó el page, porque anoche á las once y media vine de Aranjuez con el señor corregidor, mi amo, despues de estarnos allí lo mas del día, y tuve el gusto de ver al señor conde; y no en su casa.

—¿Cómo es eso? preguntó el magistrado.

—Como que ayer 26 de junio, siguió el page de bolsa, fué el primer día que salió á la calle, y oyó misa en el convento de San Pascual, y desde allí se dirigió á palacio, y estuvo largo-rato con SS. MM., quienes le recibieron muy complacidos, y le expresaron la satisfaccion suma que habian experimentado al conceder en el primer despacho de Estado con el ministro de Marina cuatrocientos ducados anuales de pensión á cada uno de los dos lacayos que le libertaron de exhalar el último aliento bajo los golpes del terrible asesino.

—¡Dios bendiga á SS. MM! pronunció la muger ciega, á quien daba su jóven y viuda hija la mano.

—¿Y qué tal os pareció el señor ministro? preguntó el de la casaca de color de plomo.

—Perfectamente, contestó el page, alguna palidez se le

nota, pero va á mejor de día en día, y pronto, Dios median-te, volverá á su andar y á su temple. De humor se halla mas jovial que nunca, y sin duda no son para menos las señales de estimacion universal que ha experimentado con motivo de su desgracia. Segun le dijo muy bien el señor corregidor mi amo al despedirse á la puerta de su gabinete, junto á la cual le estaba yo esperando; salvada su vida preciosa, le ha podido servir de consuelo en su tragedia el gran interés de los reyes y su augusta familia, acreditado tambien por todo Madrid y sus corporaciones y oficinas, y el reino todo en suma.

—Así es la verdad, añadió el anciano de toga. No hay en Madrid persona de clase, ni ministro de alguna nota, ni pre-jado de órden religiosa, ni eclesiástico de viso, que no haya volado á Aranjuez para ver y acompañar á S. E. *Semper ho-nos, nomemque suum, laudisque manebunt*; testimonio pú-blico dado á su vista y á la de sus amigos y contrarios, ca-paz de borrar para siempre las desventuras anteriores. Mi-sas solemnes y acciones de gracias se celebran en los mas de los templos, y á todas las órdenes religiosas debe innume-rables y fervientes plegarias.

—¿Y qué particularidades se saben del agresor infame? preguntó el de la casaca de color de plomo. He oido mu-chas especies confusas, sin poder sacar nada en limpio.

—No tardaremos en saber lo que arroja la causa, respon-dió el de toga. Hasta ahora lo único positivo es, que el agre-sor infame se llama Juan Pablo Peret, y es natural de un pueblo próximo á la capital de Francia, y ha rodado por el mundo como cirujano charlatan ó tuno de oficio, y se finge unas veces tonto, otras demente, y desmemoriado de conti-nuo. Tres dias hace que de Aranjuez se le ha trasladado á Madrid, dentro de una galera, acompañado de un cirujano y con guardia al lado, porque siempre tira á quitarse la vida, escoltándole sesenta hombres de caballería y de guar-dias españolas. Ahora se halla encerrado en la cárcel de Córte*, y de esperar es que antes de mucho se vea la causa á puerta abierta en la Sala de Alcaldes.

—¿Pues no han tomado mala manía los extranjeros al señor conde de Floridablanca! dijo el de la casaca plumiza, porque si no estoy engañado, tambien han sido extranjeros los que han echado á volar esos papelones llenos de injurias y calumnias contra un hombre tan de bien, y tan sabio, y de tanta justificación y de tan cristianas costumbres como su excelencia.

—Segun los papelones á que vd. alude, buen amigo, in-terumpió el estudiante, de eso estoy yo muy enterado. En vida del señor don Carlos III, circuló el titulado: *Conversa-cion curiosa é instructiva que pasó entre los condes de Flo-ridablanca y de Campomaues en julio de 1788*.

—Si, si, dijo el magistrado, á esa sátira dió motivo el real decreto sobre honores militares, y se reduce á rivalidades de la gente de espada contra la de toga.

—De ese papelon he oido hablar mucho al señor corregi-dor mi amo, expresó el page, y no hay quien le quite de la cabeza, que en la tal intriga terció mucho el señor conde de Aranda, y hasta da á entender que á manos del señor mi-nistro de Estado llegó una copia de puño y letra de la con-de-sa.

—Otro papelon se repartió en octubre del mismo año, prosiguió el estudiante, con el título de *Carta de un vecino de Fuencarral á un abogado de Madrid, sobre el libre co-*

mercio de los huevos. Esta sátira no hizo impresion alguna, hasta de sentido comun carece, y posible es que mano ex-trangera la diese vida. ¿Porque á qué español puede inspirar censura que el comercio de Indias, estancado en Cádiz ó Se-villa desde el descubrimiento del Nuevo Mundo, se decla-rara libre ahora hace doce años? Pues no es otra la sustan-cia de la tal satirilla, encabezada con el testo latino *¿Quod vides? Mutato nomine de te Fabula narratur*, y dicho se está que lo del *abogado de Madrid* alude al señor don José Moñino, conde de Floridablanca y primer ministro de Estado.

—Sobre el escrito que acaba de citar el señor estudiante, nada he oido hablar á mi amo, expresó el page.

—Yo, dijo el de la casaca plumiza, le oigo mentar ahora por vez primera.

—Pues yo hasta me lo sé de memoria, prosiguió el es-tudiante. Indudablemente la sátira que ha hecho mas ruido es la que empezó á correr en mayo del año próximo pasa-do de 1789, y se titula *Confesion del conde de Floridablan-ca, copia de un papel que se cayó de la manga al padre comisario general de los franciscos, vulgo observantes*. Aqui si que jugaron extranjeros sin duda. Mi amistad con el page de bolsa de don Francisco Cipriano de Ortega, pro-curador del señor conde, me ha proporcionado saber de buena tinta los pormenores todos del asunto, pormeno-res que ahora no son del caso; tratándose únicamente de probar la calidad de extranjeros de los viles calumniadores, que ni respetaron la vida privada del señor ministro, y hasta le supusieron casado secretamente con una tahonera por cuestion de intereses pecuniarios. Solo don Manuel Delitara, marqués de Manca y segundo introductor de emba-jadores, nació por casualidad en España. Sus cómplices don Vicente Salucci, don Luis Timoni y don Juan del Turco, son italianos todos. Dentro de poco, segun mis noticias, se empezará á ver su proceso en el consejo pleno de Castilla á puerta cerrada.

—¿Mal haya los extranjeros que no nos los podemos quitar de encima! pronunció una verdulera desdentada; no, pues si las tías de Aranjuez tuvieran la sangre como las de mi barrio, ya estaria ardiendo en las calderas de Pedro Botero ese pícaro franchute que ha querido matar á un ministro tan prencipal y amigo de los probes.

—Cállese vd., tia Chiripa, la dijo un muchacho andrajoso tirándola del zagalejo.

—¿No me dá la gana! gritó con mas fuerza la vejancona. ¿Pues no faltaba mas que tras de cuernos palos! ¡A bien que las del Lavapiés no sabemos hincar las uñas! ¿Te acuerdas, Canene, cuando lo de Esquilache? ¡Qué poco tardé yo en echar una soga al cuello á aquel walon, grande como un castillo, y que mató con la bayoneta junto al arco de palacio á mi comadre, la que vendia muñuelos en la esquina de la Merced! ¿No te acuerdas, Canene?

—Vaya, si me acuerdo, respondió un vejete encorvado y con una muleta; y nos le llevamos á la rastra; entonces no me pesaban los pies como ahora, que para moverlos me tengo que ayudar con este pedazo de pino. ¿Y te acuerdas Chiripa, cuando ya muerto el walonazo, se lo refregamos por los hocicos á sus camaradas formados en la Puerta del Sol, y no se atrevieron con nosotros? Mas arriscados fueron despues los del piquete de la Plaza Mayor, como que nos hi-cieron fuego á boca de jarro; pero poco tardaron en tomar

soleta, cuando la emprendimos á pedradas, y dos que no pudieron correr todo lo que les pedia su miedo..... Ya sabes, Chiripa, quien les dió el primer chirlo. Ahora, ya estoy hecho un pelgar, aunque me consuela que tengo tres hijos de pelo en pecho, y capaces de dar una puñalá al lucero del alba.

—Pues yo, dijo la Chiripa, aun tengo mi alma en mi armario, y si como trajeron de Aranjuez á Madrid á ese *Peréz ó Pared*, ó como se llame, de noche y á la chita callanda, le traen á la luz del sol y á voz de pregonero, no le dejamos hueso sano ni tajada mayor que una oreja.

—¿No me ha oído vd., buena muger, que nuestra religion no es de sangre? pronunció fray Francisco Sanchez, que al salir del Cármen descalzo para el Calzado había oído las últimas frases de la desdentada furia. Se odia al delito, y se complace al delincuente.

—Dice bien el señor predicador, añadió el alcalde, retirándose en su compañía y en la del viejo de la casaca de color de plomo; y además ya hará su deber la justicia.

—Efecto será de la irreflexion de mancebo, dijo el page del corregidor al estudiante, por tomar ambos igual direccion hácia la calle del Caballero de Gracia; pero á mí se me figura que no va tan descaminada la tia Chiripa.

—No diré yo tanto, page amigo, repuso el estudiante: lo que sí me puede es la larga tramitacion de una causa como la del atentado contra Floridablanca, pues el delito es evidente, y los ánimos están exacerbados con el horror del insulto, y aun los mas indulgentes claman por la pena. Segun dice un compatriota nuestro y de este siglo, toda esa fogosidad se va mitigando poco á poco, se mezclan apotegmas de piedad con los teoremas de la justicia, y la demora de medio año hasta para que los ardores de julio se conmuten en las escarchas de enero. Palabras de las mas notables del discurso del reverendísimo Feijóo, cuyo título es: *Balanza de Astrea, ó recta administracion de la justicia, en carta de un togado anciano á un hijo suyo recién elevado á la toga.*

ANTONIO FERRER DEL RIO.

(La conclusion en el número inmediato.)

EL CASTILLO DE ATIENZA Y DE PALAZUELOS.

(Continuacion).

VI.

Han pasado ciento noventa y ocho años. Cuatro generaciones han bajado al sepulcro despues de haber llevado con honor y gloria el título de condes de Palazuelos!...

En un vasto salon del castillo de Atienza en 1446, un anciano monge de cabeza calva, llevando el hábito de la orden de San Benito, acababa de leer con una voz pausada y monótona la sencilla leyenda que hemos referido. Era de noche, y cuatro velas de cera amarilla, con su llama vacilante por las corrientes de aire que entraban en la estensa estancia, mas que iluminaban, asombraban; distinguíanse apenas las vigas pintadas y descarnadas del techo, los trofeos y panoplias que decoraban las paredes. En el fondo de aquella estancia se alzaba un gran lecho, cuyo cielo, de encina

esculpida, estaba sostenido por cuatro columnas. Los demas muebles consistian en estantes donde había vagilla, en armarios, en mesas macizas y sillones con armas, testigos grandiosos y sombríos de la edad media.

Al pie de la cama había un reclinatorio de ébano, sobre el cual se hallaba colocado un crucifijo de bronce macizo, testimonio de la profunda piedad de aquellos remotos tiempos. En la parte de afuera se oía por intervalos el grito de alerta de los centinelas colocados sobre los torreones, y de vez en cuando el silbido de alguna flecha que parecía dirigida contra el castillo.

El anciano monge que leía en alta voz se hallaba colocado delante de una pesada mesa sobre la que tenía estendido el manuscrito de pergamino de hojas amarillentas. Estremecíase cuando los gritos de los centinelas se dejaban oír en medio del silencio, y callaba de pronto, encogiendo los hombros, cuando oía el silbido de las flechas en el campo; empero pronto volvía á continuar su tarea á la impaciente señal de un personaje que sentado al otro lado de la mesa en un inmenso sillón de elevado respaldo, le escuchaba con la mayor atencion.

Aquel personaje de modales tan bruscos é imperiosos, había ya pasado del término medio de la vida. Su rostro varonil, su cutis curado por el sol, estaba surcado de arrugas. Una espresion de inquietud y de reflexion hacia mas terrible en aquel momento el carácter altivo de aquella tosca fisonomía. Su bigote y sus cabellos eran enteramente blancos; su estatura, sin embargo, era alta y derecha; sus miembros musculares manifestaban que no se resentian todavía de los años y de la vejez. Una gorra de terciopelo cubría su cabeza y llevaba un ancho vestido forrado de pieles. Llevaba tambien bordadas sobre el pecho sus armas, segun el uso de la nobleza de entonces, y en aquel escudo, en campo de gules, se veía una rosa, un oso y varias calderas. Fácilmente se reconocía en aquel viejo caballero al conde de Palazuelos, señor de la villa de Atienza.

Había oído con una estrema atencion la leyenda de su antepasado, don Alvaro de Palazuelos, á pesar de las frecuentes interrupciones del lector. De cuando en cuando cogía de sobre la mesa un frasco de plata que contenía hipocrás y llenaba hasta los bordes dos vasos del mismo metal. Cada vez que el monge apenas humedecía sus labios, el señor de Atienza no dejaba de vaciar su copa, ora buscara en aquel vino fuertemente preparado consuelo contra una secreta pena, ora sus frecuentes libaciones quisiesen estimular el trabajo de su pensamiento.

Había absorbido una notable cantidad de aquella espirituosa bebida sin sufrir el menor trastorno, cuando por último se terminó la lectura de la leyenda con gran satisfaccion del religioso, cuya voz trémula habíase ido convirtiendo poco á poco en ininteligible.

Mientras el pobre monge enjugaba su frente cubierta de sudor y cobraba aliento, el castellano permaneció pensativo. Por último le preguntó bruscamente:

—Por la cruz de Dios, reverendo padre Benito, ¿creeis que sea verdadera esa historia?

—¿Podeis dudarle, señor? ¿No está escrito, como dice el testo, por un monge del convento de la Santa Espina, de que soy el mas indigno y humilde religioso?

—Sabia, replicó el conde con alguna ironía, que era un monge el autor de la leyenda; lo había conocido en el elo-



gío que hace de la generosidad del señor don Alvaro de Palazuelos, mi dignísimo tatarabuelo y fundador de vuestra casa. Dad á las gentes de iglesia, enriquecedlas, y estad seguro de que os glorificarán en sus pergaminos, y si es preciso os canonizarán en los altares; por eso tengo alguna desconfianza... Pero, padre Benito, ¿creéis en vuestra fé de la parte de salvación que os tiene reservada el Señor, que el alma de don Alvaro pueda volver al mundo para proteger á sus descendientes?

La solemnidad del juramento exigido, desconcertó un poco al padre Benito, que sin embargo contestó:

—Yo no sé si el cielo querrá hacer este milagro en favor de la muy ilustre y poderosa familia de Palazuelos; pero sé bien que tiene poder para hacerlo y aun hacer otros mil veces aun mas asombrosos. Además os ruego que consideréis que vuestro abuelo, de ilustre memoria, había merecido del cielo una gran recompensa, y el Señor jamás deja de darla á los que le sirven. Considerad que la palabra del venerable prelado, que en vida tenía ya el don de milagros, no ha de ser vana; y ved si todas estas circunstancias no son bastantes para tener confianza en las promesas de aquel santo sacerdote que murió en olor de santidad. Animo, hijo mío, que tal vez vuestro abuelo obtendrá del poder divino medios para socorreros en algun peligro.

No parecía que el caballero participase de las esperanzas del buen religioso. Agitóse sobre su sillón y pasó muchas veces la mano por su frente con aire de angustia.

—Me parece, reverendo padre, dijo al fin, que yo no voy á poder contar con semejante milagro.

—¿Y por qué, hijo mío?

—¿Por qué?... Porque jamás la familia de Palazuelos se vió en mayor conflicto, y que si mi tatarabuelo hubiese de acudir á protegerme ya lo hubiera hecho.

—Señor, replicó el padre Benito tímidamente, á ninguna criatura humana le toca señalar á Dios el día y la hora de su misericordia.

—No, ya vereis cómo no me salva, replicó el barón, cuya voz ruda se alteró, y cuyas facciones se inmutaron de pena. ¿A qué aguarda? ¿Puede estar mas abatida mi casa? ¿No me hallo amenazado de la ruina, del deshonor y de una muerte infamante y horrible? Si mañana los que sitian este castillo llegan á tomarlo, mis bienes quedarán confiscados, será demolida mi casa solariega, el verdugo romperá con su infame mano mi escudo, y mi hijo y yo seremos degradados de la orden de caballería y nos cortarán la cabeza. Decid, padre Benito, si no hay motivo bastante para que salgan los muertos de su sepulcro, si es que pueden salir. ¡Pardiez! convenid en que todas esas historias con que han emborronado esos pergaminos, son cuentos de vieja para divertir y hacer dormir á los chiquillos, y no vengais con ellos á fatigar los oídos de los caballeros.

Al mismo tiempo dió un puñetazo sobre la mesa mientras volvía la cabeza para ocultar dos gruesas lágrimas que se deslizaban por sus tostadas mejillas. El padre Benito no pensaba en sostener la veracidad de los redactores de las leyendas; acababa su amo y señor de soltar palabras que despertaban en él fúnebres pensamientos. Capellán del castillo hacía gran número de años, había vivido en la mas estrecha amistad con la familia de los Palazuelos; conocía todos sus secretos; las desgracias que amenazaban á aquella noble casa le afectaban á él como suyas propias. Al ver las lá-

grimas del barón, no pudo contener las suyas y los dos guardaron un momento de terrible y solemne silencio.

—¡Ah, señor! dijo al cabo de un rato el buen religioso lanzando un hondo suspiro; escuchásteis mal consejo el día en que os apartásteis del servicio del señor rey don Juan II de Castilla para tomar parte por el rey de Aragón, que os ha abandonado en este apuro y necesidad.

—Teneis razon, padre Benito, y sin embargo, cuanto mas pienso en ello mas me parece que no podía haber obrado de otro modo. Escuchad, reverendo padre, sois un fiel servidor de mi casa, sois mi confesor, y debo hablaros con el corazón abierto... Desde que don Juan II fué declarado mayor de edad para poner término á las intrigas de su regencia, y comenzó á ser el juguete de los infantes de Aragón sus primos carnales, que como de mas edad y experiencia trataron de hacer pesar sobre él su fatal influencia, tomé su partido. Jamás le han faltado al desgraciado monarca mi brazo y mis caudales en la larga serie de perturbaciones y discordias que han agitado á Castilla.

Yo le recibí como á mi soberano y le he alojado en este castillo, cuando marchó á la frontera de Aragón, yo he mantenido aquí tres días á mi costa la hueste que le acompañaba. Yo fui á sacarle de Avila donde el infante don Enrique lo tenía encerrado como preso, yo le acompañé en su fuga, y asistí con él al asedio de Montalvan donde se había hecho fuerte el infante don Enrique con quien despues hizo las paces en Madrid. Durante quince años he cumplido como noble mi juramento; durante quince años he batallado día y noche por don Juan II. He asistido á la toma de cuarenta villas y castillos; y en este penoso servicio se han encañecido mis cabellos, y he visto atribulado á heridas mi cuerpo. ¿Cuál ha sido el premio de tantas fatigas, cuál la recompensa de mi lealtad? Cuando he reclamado las sumas gastadas en mantener mis huestes me han contestado que el tesoro real estaba vacío, cuando los tributos se entregaban á don Alvaro de Luna y á otros favoritos que los dilapidaban en orgías y festines. Mientras se llenaba de mercedes y se concedían villas y pueblos á miserables aduladores, á mí se me negaba el reintegro de lo que había prestado al rey, y se me rehusaba la merecida recompensa de mis servicios. Indignado de tamaña ingratitud escribí al rey, que con insolente desprecio ni aun contestó á mi demanda. Quise verle para echarle en cara sus injusticias, y solo obtuve vagas promesas que jamás se han cumplido... ¡Vive Dios! padre Benito, que bien había por que perder la paciencia. Logramos echar mas tarde de su lado á don Alvaro, y antes de un año ha vuelto á llamarlo, y él es el verdadero rey de Castilla. ¡Mengua es en los ricos hombres no saber hacer que los respete y considere el rey!!

—Señor, he oído decir que las ofensas de que os quejais no debían ser imputadas al rey, sino al mal genio que le rodea y le roba el amor de Castilla.

—Es verdad, reverendo padre; el indolente don Juan II se deja dominar por sus favoritos ó sus criados y no sabe reconocer ó defender sus verdaderos amigos. El autor de todos mis males es sin duda alguna el condestable don Alvaro de Luna, en quien el rey tiene una ciega confianza. En otro tiempo tuvimos una disputa don Alvaro y yo, y desde entonces me tiene un odio sin límites; él es el que ha impedido que el rey hiciera justicia á mi demanda y lo ha escitado contra mí...